



DON ANTONIO PIÑANA, UNA VOLUNTAD FLAMENCA

Antonio Parra Pujante
Universidad de Murcia

Recibido: 01-12-2013
Aceptado: 15-12-2013

Resumen

Un texto en homenaje de Don Antonio Piñana Segado, con motivo del centenario de su nacimiento.

Palabras clave: Antonio Piñana, cantes mineros, Festival del Cante de las Minas de La Unión.

Abstract

The text is a tribute to Antonio Piñana, in the centenary of his birth.

Se acaba de cumplir el centenario de D. Antonio Piñana, el gran patriarca de los cantes mineros, fundador de una estirpe de artistas flamencos en la que se cuenta a su hijo, el guitarrista Antonio Piñana Calderón, “Antonio Piñana hijo”, y a sus nietos, el cantaor Curro Piñana y los guitarristas Pepe y Carlos Piñana. Fue también, en 1961, uno de los impulsores y primer ganador del hoy famoso Festival Internacional del Cante de las Minas de La Unión.

Me conmueve siempre hablar de este hombre desmesurado, trágico, desmedido a veces, pero grandioso siempre; me conmueve evocarlo en sus últimos años, cuando tuve la suerte de tener un contacto cercano, casi una amistad. Naturalmente, cuando lo conocí personalmente (ya sabía de él y de su cante muchos años antes) en los años ochenta, esa “amistad” con la que él me honraba resultaba desproporcionada y me favorecía a mí. Él era ya un gigante del flamenco desde su Cartagena natal, y yo no era más que un joven aficionado, que escribía de flamenco, sí, pero que en lo que realmente importa mi aportación no suponía más que una nota a pie de página frente al libro repleto de renglones bien escritos que él simbolizaba en su vida de flamenco cabal.

Por eso yo me sentía halagado y cohibido en su presencia. A mediados de los ochenta le hice una larga entrevista para RNE que se fue emitiendo a lo largo de toda una semana. El querido Andrés Salom, pionero en la Región de Murcia en la investigación sobre flamenco, me facilitó el encuentro e incluso me acompañó a la casa de D. Antonio, en Cartagena, durante su realización. Fue entonces cuando escuché cantar por primera vez al que entonces era un niño llamado Curro, que con los años sería el gran cantaor Curro Piñana, su nieto, en el que tenía puestas todas sus complacencias como heredero de su cante. D. Antonio, puesto en pie con gesto severo, exigente, y marcando los ritmos de su nieto, dirigía con su dedo índice la melodía de una Cartagenera interpretada por un Curro encogido en el sofá, casi asustado, aunque ajustando los tercios de forma maravillosa para orgullo de su abuelo, que al acabar la demostración se



volvió hacia nosotros como diciendo: “ya lo habéis oído, ahí queda eso”, aunque lo que de verdad dijo fue: “este va a cantar mejor que yo, Andrés”. Y su buen ojo de maestro no se equivocaba, aunque la grandeza del viejo Piñana no viene sólo dada por las cualidades de su voz o de su cante, sino por un espíritu abismal y aislado, al mismo tiempo, de lo que entonces (todavía reinaban en el mundo del flamenco los puntos sobre las íes que marcaba el mairenismo) eran las cocinas supuestas de lo jondo, allá por la Baja Andalucía.

En aquellos años ochenta significados por el desencanto de la política, tras unos tiempos de transición y de intensa lucha democrática, y el comienzo de la movida musical y cultural, el flamenco comenzaba ya a hacerse oír con respeto y admiración, pero todavía no se había convertido en una verdadera música cosmopolita, como lo es ahora, ni había tenido el amplio reconocimiento institucional actual. Era un momento de transición en ese sentido, pero se vivía aún del peñismo del aficionado (generalmente defensor feroz e intransigente del alfabeto marcado por Antonio Mairena) y por pequeñas publicaciones que apenas contaban con unos centenares de lectores.

Era todo muy endogámico, y lo que decía cualquier flamencólogo en una de esas publicaciones o en cualquier entrevista o programa radiofónico influía notablemente en la carrera de un cantaor, pues una sola de esas líneas podía arruinarle al artista muchas contrataciones en peñas y festivales veraniegos (en esos años en el invierno de los flamencos hacía todavía mucho frío, era muy largo). Hoy, todo ese mundo ha perdido buena parte de su influencia, pero entonces era así. El flamenco, en las grandes publicaciones, apenas existía, aunque ya comenzaba a cambiar ese estado de cosas.

Recuerdo muy bien aquellos días en su casa, durante la grabación. En una de aquellas pequeñas publicaciones especializadas, leídas sólo por un puñado de aficionados, había aparecido lo que en argot periodístico se denomina “un breve”, es decir, apenas cinco o seis líneas, en el que se comentaba, de manera

relativamente crítica, uno de sus discos. Piñana nos recibió con el recorte de la publicación en la mano, y sin apenas saludar ni ser presentados, de pie, lleno de ira, comenzó a explicar a gritos a Salom el motivo de su indignación, lo injusta que le parecía aquella nota. “¡A mí..., hacerme esto a mí, que Mairena me dijo: ‘Antonio, tú eres a los cantes mineros lo que yo soy a los cantes bajoandaluces’. Mairena ha dicho eso de mí, y este mequetrefe ignorante mira lo que dice, Andrés, mira...!” “¿hay derecho a esto...?”.

Andrés trató de calmarlo, lo consiguió a duras penas, comenzamos la entrevista. Pero al rato recordaba de nuevo la nota periodística y lanzaba otra vez su diatriba rojo de ira. Salom volvía a calmarlo, retomábamos el diálogo, y al poco tiempo de nuevo su justa indignación. Y así durante varias horas. Yo asistía a aquel espectáculo algo desorientado, pero, sobre todo, fascinado ante el personaje. Comprendí que estaba ante alguien grande, desmesurado, quizás a veces injusto en sus juicios, pero grande. Me encontraba ante un gigante del flamenco, ante un ser que vivía el cante como un destino. Alguien que se sentía tocado para salvaguardar esos ricos estilos que en los años cincuenta del siglo pasado había aprendido de Antonio Grau Dausset, el entonces ya casi anciano hijo del mítico fundador de estos estilos, Rojo el Alpargatero, cuando en toda la sierra minera de La Unión y Cartagena comenzaban a estar casi olvidados.

De hecho, con el tiempo llegué a pensar que ya en sus últimos años de vida buscaba a alguien que hiciese el papel que para Mairena supuso el encuentro con el poeta cordobés Ricardo Molina, colaboración que forjó a comienzos de los años sesenta el libro *Mundo y formas del cante flamenco*. Para la permanencia de esos cantes en el seno familiar ya creía haber encontrado una voz, la de su nieto Curro. Ahora parecía necesitar un amanuense que pusiese en texto sus teorías.

En 2002 (Editorial Nausicaä) coordiné el libro *Don Antonio Piñana, una voluntad flamenca*, en el que por cierto rescaté la entrevista radiofónica de la que



vengo hablando, un libro homenaje en el que también escribió, entre otros, el desaparecido José Blas Vega. En el prólogo al volumen evoqué sus últimos años de vida, cuando ya se encontraba recluido en una residencia de ancianos. Me llamaba con frecuencia desde allí al periódico en el que entonces yo coordinaba su suplemento cultural.

Con estas, o parecidas palabras, me decía: “Parra, me he dado cuenta de que te interesa el flamenco de verdad, pero todo lo que tú sabes lo has aprendido en cuatro libros. Si quieres saber de esto como hay que saber ven a verme, que yo te pondré al día.” Fui ingrato, no me acerqué demasiado a verlo, y bien que lamento ahora no haberme impregnado más de la personalidad de aquel hombre que, al margen de su enorme contribución a los estilos mineros, como ha quedado demostrado para siempre en su abundante discografía (que no estaría de más recobrar), era, sobre todas las cosas, alguien tocado por una especie de destino fatal. Él se sentía así, como puesto ahí, en ese momento y en ese lugar, para salvaguardar unos estilos jondos. Y en ese empeño aventuró su vida, con voluntad y tenacidad. Intransigente y genial. Hasta el final.

